



Alfredo Ramírez Nardiz

TEORÍA
GENERAL
DE LA
**ESTUPIDEZ
POLÍTICA**

¿Cree usted que sus políticos son estúpidos? ¿Cree que no sólo es cosa de ellos, sino que sus vecinos, sus amigos, sus familiares, todos los que le rodean, con los que se cruza en la calle, en el trabajo, en el café a las ocho de la mañana, son estúpidos? Quizá el estúpido sea usted. Quizá lo sean ellos. O quizá lo seamos todos cada vez más. Este ensayo cuya contraportada está usted leyendo en este preciso instante defiende que la estupidez y, en particular, la estupidez política son elementos que influyen en el comportamiento de toda nuestra sociedad y especialmente en el de nuestros prohombres públicos, que se pueden medir, que se pueden determinar objetivamente y, lo que es más preocupante, que en el presente se encuentran en un estado de crecimiento y desarrollo como quizá nunca antes lo vimos en nuestras vidas. *Teoría General de la Estupidez Política* es el libro que le hará preguntarse en manos de quién estamos y, especialmente, en manos de quién está este libro ahora mismo.



ISBN: 978-84-19045-00-3



Alfredo Ramírez Nárdiz

TEORÍA GENERAL DE LA ESTUPIDEZ POLÍTICA

Barcelona | 2021



BOSCH EDITOR

© OCTUBRE 2021 ALFREDO RAMÍREZ NÁRDIZ

© OCTUBRE 2021



Librería Bosch, S.L.

<http://www.jmboscheditor.com>

<http://www.libreriabosch.com>

E-mail: editorial@jmboscheditor.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN papel: 978-84-190450-0-3

ISBN digital: 978-84-190450-1-0

D.L: B 17215-2021

Diseño portada y maquetación: CRISTINA PAYÁ  +34 672 661 611

Printed in Spain – Impreso en España

Índice

Introducción	11
1 Definición de la estupidez política.....	25
1. Definición cipolliana	25
2. Razón, emoción y pantallas.....	38
3. Democracia estúpida: selección, elección y participación	52
4. Globalización, Populismo y redes sociales	66
2 Algunos ejemplos históricos e ideológicos de estupidez política	79
1. Estupidez en la independencia his- panoamericana.....	79

2.	Estupideces fascistas	90
3.	Estupideces socialistas.....	100
4.	Estupideces liberales	118
3	La estupidez política del presente.....	127
1.	Estupidez en España	127
1.1.	Estupidez centralista.....	129
1.2.	Estupideces autonómicas.....	137
1.3.	Estupideces independentistas	144
2.	Estupidez en Europa	154
2.1.	Estupidez británica	155
2.2.	Estupideces populistas.....	162
2.3.	Estupidez comunitaria.....	171
3.	Estupidez en América	179
3.1.	Estupidez estadounidense.....	180
3.2.	Estupideces latinas	188
4	La estupidez política del futuro.....	201
5	Recapitulación: ¿Tiene remedio la estu- pidez política?¹	213

1 Spoiler: NO.

Introducción

«A quienes ofenda la levedad y broma del argumento que piensen que no es cosa mía, sino que se trata de un género cultivado desde la Antigüedad por grandes autores.»

Erasmus de Rotterdam. *Elogio de la estupidez*.

No nos tomamos en serio la estupidez porque, aunque no lo reconozcamos, nos da miedo ser estúpidos. Tomársela en serio supondría asumir que no es una broma, una burla con la que ridiculizamos y denigramos a otros, sino algo que de verdad existe y que nos puede pasar a nosotros. Y la estupidez, como los cuernos y tener hijos feos, es algo que les pasa a los otros, no a nosotros. Sin embargo, no asumir la existencia de la estupidez no es más que caer

en sus redes. Pues la estupidez existe y nos puede afectar a todos, bien porque la suframos, bien porque la protagonicemos.

La estupidez no aparece en los manuales de historia, de economía, de política o de Derecho. Ningún gran fenómeno se explica recurriendo a la estupidez como una de sus causas. Eso es injusto. Para la estupidez. Y peligroso. Para todos los demás. Las cosas pasan por razones serias, se nos dice. Roma cayó por motivos militares, políticos, económicos, religiosos, o incluso climatológicos, pero no por la estupidez de sus dirigentes o de sus habitantes que vivían convencidos de que la esclavitud era un gran sistema económico y que abandonarse al *dolce far niente* era una sagaz opción existencial. Cortés conquistó el Imperio Azteca por su superior armamento y su brillante estrategia, pero no porque sus enemigos fueran tan estúpidos como para que uno de ellos se creyera que el extremeño era un dios y otro se llamara Pánfilo. Sería muy lamentable reconocer que la batalla del Bosque de Teotoburgo se perdió y Roma nunca llegó a extenderse por el norte de Europa, porque Varo era estúpido y se metió él solo en la boca del lobo. O que Inglaterra no fue conquistada porque Felipe II era estúpido y nombró comandante de la Armada Invencible a un tipo tan carente de experiencia marinera que se le acusaba de marearse en alta mar.

Es mucho más reconfortante rechazar la estupidez como causa probable y, en su lugar, buscar y encontrar razones complejas (que requieren de cientos de páginas para ser explicadas en sus más ínfimos y tremendamente aburridos detalles) para comprender un fenómeno, que concluir que sucedió de este o aquel otro modo porque sus protagonistas eran una deplorable panda de estúpidos. Introducir la estupidez en cualquier análisis parece volverlo un descenso a los infiernos de la irracionalidad, aquello que no puede ser controlado, ni medido, ni nada, porque se vuelve caos y se hace incomprensible. Así pues, mejor despreciar la estupidez y hacer como si no existiera.

La estupidez, por mucho que los hechos nos hagan percibirla como una razón a tener muy en cuenta al explicar el desarrollo de los acontecimientos, acostumbra a ser ignorada por todos. Valorarla no es algo que se considere un error, sino un absurdo, un insulto a la razón. Algo que carece de todo sentido y que convierte al que se atreve a incorporarla a sus análisis no en un hombre errado, sino en poco menos que un bufón que trata de burlarse de los incautos que le presten atención. Los académicos serios no pueden perder el tiempo introduciendo en sus teorías un elemento tan nebuloso como la estupidez. Ni siquiera se puede afirmar que la estupidez exista como algo objetivo. Porque, ¿qué es la estupi-

dez? Nada analizable, ni comprobable de un modo científico, se indica. La estupidez no es más que una valoración subjetiva, y con una fuerte carga denigratoria, que hacemos de aquellos cuyas acciones nos parecen tan sumamente equivocadas que, a modo de mofa, añadimos a las razones objetivas que las causan, la estupidez como subjetiva guinda del pastel de la crítica ya vuelta ridiculización.

Nada más lejos de la realidad. Este texto defiende la teoría de que la estupidez es un algo. Un algo que se puede objetivar y que trasciende la mera valoración peyorativa y burlona, para convertirse en un elemento serio que debe ser tenido en cuenta en todos los estudios que se hagan sobre las decisiones humanas y, entre ellas, las acciones políticas. La estupidez no es, por supuesto, la única causa de las cosas, pero sí debe ser considerada como una de ellas. Así, por ejemplo, un hecho de consecuencias terribles, como lo fue el ascenso de los nacionalsocialistas al poder en Alemania en 1933, puede ser explicado por motivos económicos (las consecuencias de la crisis iniciada en EEUU en 1929), políticos (el acoso a la democracia liberal por los totalitarismos), jurídicos (el mejorable diseño constitucional de la República de Weimar con elementos como su sistema electoral proporcional que favoreció el desgobierno), etc. ¿Pero acaso no merece también ser valorado que

millones de personas de la autonombra da sociedad más culta de Europa eligieran como líder a un enajenado que en cada discurso echaba espumarajos por la boca y al que bastaba con escuchar un minuto para darse cuenta de que estaba como un cencerro? La estupidez debe ser tenida en cuenta como uno de los motivos que expliquen la victoria electoral nazi. No el único, pero al menos sí uno de ellos.

La injusticia de este tratamiento denigratorio que recibe la estupidez es mayor si se piensa que sí se valora la inteligencia como elemento digno de consideración al estudiar los fenómenos sociales. César y Octavio transformaron Roma porque eran genios militares y políticos. Napoleón conquistó Europa y dejó una marca indeleble en el desarrollo del continente porque sus aptitudes ultrapasaban a todos sus contemporáneos. Bismarck organizó la dominación continental prusiana merced a sus increíbles facultades diplomáticas y estratégicas. Y Churchill pasó a la historia porque su perspicacia le hizo primero percibir las verdaderas intenciones de los alemanes. Después negarse a negociar con ellos, para finalmente derrotarlos. Sin embargo, no es tan habitual escuchar que el mentecato de Marco Antonio se lo puso bastante fácil a Octavio, que los reyes absolutistas europeos (salvo Alejandro de Rusia) se comportaron como auténticos memos ante el empuje napoleóni-

co, que Bismarck le debería haber erigido un monumento a Napoleón III por su contribución al triunfo prusiano o que el éxito de Churchill se basó, de un modo no menor, en sentarse y esperar a que Hitler y sus secuaces comenzaran a hacer estupideces tipo invadir la URSS y declarar la guerra a EEUU casi simultáneamente.

Si valoramos la inteligencia de los protagonistas de la historia como elemento digno de ser tenido en cuenta a la hora de juzgar los procesos y transformaciones políticas, no nos queda más remedio, si somos consecuentes, que valorar también la estupidez. Pues nada son la una y la otra sino las dos caras de la misma moneda. Una moneda que no es más que la mente humana, tan capaz de la más admirable genialidad, como de la más abyecta estupidez.

Desde una cierta corriente de pensamiento se podría afirmar que lo que condiciona el desarrollo de los acontecimientos no son tanto los sujetos y sus acciones, sino fenómenos sociales que sí pueden ser valorados de un modo mucho más objetivo que, en este caso y en lo que hace referencia a la estupidez, lo que no serían más que opiniones sobre las aptitudes de un tercero. Esta corriente de pensamiento consideraría que las acciones de los hombres son, si no irrelevantes, sí al menos muy secundarias en

el desarrollo político y el devenir social, no siendo los hombres otra cosa más que esclavos de fuerzas superiores a ellos. Fuerzas cuya procedencia puede buscarse en la divinidad, en la naturaleza como leyes sociales naturales, o en las propias dinámicas puestas en marcha por el hombre como especie, pero fuerzas, en definitiva, sobre las que el individuo aislado no tiene capacidad de control y que determinan tanto su futuro como las formas sociales y políticas que hayan de existir en él. El hombre a lo más que puede llegar es a descubrir estas fuerzas, entenderlas y adaptarse a ellas. Pero no puede aspirar a conducir las a su antojo, ni mucho menos, a cambiarlas, sino, como máximo, a actuar de un modo conforme a ellas, como aquel que se sube a una ola y se deja llevar por ella. A esta corriente de pensamiento, que en gran medida niega la capacidad de la razón humana para mejorar el mundo (y de la estupidez para estropearlo), y que somete a los hombres a fuerzas superiores a ellos, se la ha venido en llamar determinismo o, en el sentido que le da Popper, historicismo. Su origen es antiguo como el hombre, si bien, si hacemos caso a Berlin (y es muy sensato hacer caso a Berlin), el origen de su modalidad más actual habría que situarlo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Quizá el ejemplo más influyente de esta forma de pensar en los dos últimos siglos haya sido el

Marxismo. Para Marx, el desarrollo social viene determinado por ciclos históricos que se configuran en función de la estructura económica de la sociedad, frente a los cuales la capacidad de acción del hombre apenas se limita a ayudar «a acelerar los dolores del parto», pero no a llevar a la sociedad en una u otra dirección en función de sus actos o de sus ideas, las cuales no son tanto obra de su mente libre, como fruto –la superestructura– de las relaciones materiales económicas de dominación –la estructura– que organizan la sociedad. Claro, si el acaecer social no puede ser alterado por el hombre a título individual, sino que es causado inevitablemente por fuerzas masivas e informes, y cualquier ideología bajo la cual un hombre pueda actuar no es realmente una creación suya, sino un subproducto justificativo de las estructuras económicas preexistentes, que dicho hombre sea inteligente o estúpido carece de importancia. Al fin y al cabo, no es más que una piececita minúscula del gran engranaje de la historia. Incluso si es un hombre dotado de gran poder político o económico, no actuará libremente (y, potencialmente, estúpidamente), sino como patético siervo de fuerzas superiores a él y ajenas a su voluntad.

Resulta simpático que el Marxismo, cuya influencia provocó la transformación política y económica de multitud de países a lo largo del siglo XX,

cuyo fundador fue una de las personalidades más influyentes de los dos últimos siglos, varios de sus seguidores algunos de los caudillos más relevantes de la última centuria y que, desde luego, no surgió como subproducto justificativo de las relaciones económicas de poder preexistentes, considere que la influencia del hombre individual es casi inexistente, que las ideologías son mera justificación del estado material de cosas previo y que la libertad no es más que una fantasía, pues somos esclavos de la historia y de fuerzas superiores a nosotros.

Si asumimos, en la línea expuesta, que el hombre es un títere en manos de los dioses, un Ulises zarandeado de punta a punta del Egeo mientras su paciente Penélope mira con ojos cada vez más golosos a sus múltiples pretendientes, valorar la estupidez como factor relevante en la política o en cualquier otro ámbito carece de sentido. Pero es que, si aceptamos semejantes postulados, también carece de sentido valorar como relevante en la política la libertad humana y, si me apuran, al hombre mismo. Si negamos la libertad y nos reconocemos víctimas de fuerzas todopoderosas, la estupidez no merece siquiera un par de líneas, pues la estupidez no es más que una consecuencia, desafortunada quizá, pero consecuencia al fin, de la libertad: necesitamos ser libres para poder ser estúpidos.

Sin embargo, empíricos, descreídos y escépticos como son estos párrafos, salvo que alguien les pruebe la existencia de esas leyes históricas, esas fuerzas naturales o divinas que nos mueven como el viento lo hace con las ramas de los árboles, ellos van a partir de una presunción que, parafraseando la hermosísima frase de Schumpeter, reconocen sujeta a discusión, pero que no por eso van a dejar de defender resueltamente: que el hombre es libre. Y que, como libre que es, puede (y suele) ser estúpido.

Por ello, merece la pena estudiar la estupidez política y es necesario, casi imperativo en escenarios como aquellos por los que el mundo se desliza en el presente, tratar de comprender qué es la estupidez política, quiénes son sus protagonistas, cuáles sus causas y sus efectos y, si los tiene, cuáles sus remedios. La estupidez debe liberarse del halo de burla, de falta de seriedad, que siempre la ha acompañado y que ha llevado a ignorarla y ocultarla en la creencia de que nadie que hiciera lo contrario podría recibir el respeto de sus pares. Tan grande es este terrible velo de silencio, de anulación de cualquier cosa que tenga que ver con la estupidez, que, hasta el famoso librito de Erasmo, cuyas citas salpican este texto, de llamarse *Elogio de la estupidez* (*Stultitiae laus*, en el original), pasó a conocerse como *Elogio de la locura*, cuando la única locura es ridiculizar algo que, como

la estupidez, si no se conoce y se controla adecuadamente, puede ser mucho más peligroso, como se argumentará, que la maldad.

En este texto, para el estudio de la estupidez política se parte de la definición general de la estupidez que diera el profesor italiano Carlo María Cipolla en su pequeño y conocido opúsculo *Las leyes fundamentales de la estupidez humana*. Es evidente que este librito fue escrito con un marcado *animus iocandi*, pero resulta interesante partir de él pues, como se verá, en la broma que sostiene aporta un criterio hasta cierto punto objetivo de qué es la estupidez y qué un estúpido que resulta de suma utilidad para poder valorar a todos los personajes y movimientos políticos que se analizarán en los capítulos posteriores.

Se defiende en estas líneas la tesis de que la estupidez, en términos generales, no solamente políticos, en el presente está en una fase de crecimiento y que esto se debe a una regresión emocional que sufre la mayoría de las sociedades, el conjunto de la población mundial, entre otras causas por un abandono progresivo de la palabra escrita y publicada en papel como medio de transmisión de la información y su substitución por la imagen como instrumento de comunicación y aprendizaje. Este cambio lleva a que el hombre pierda progresivamente racionalidad

y se vuelva cada día más emocional, esto es, más estúpido. Se parte aquí de las ideas de Giovanni Sartori en su obra *Homo Videns*.

Se sostiene que, en el ámbito de la política, dentro de un contexto democrático como el contemporáneo, los criterios de selección de los dirigentes políticos, así como las características de la elección popular, más aún cuando ésta última se canaliza mediante instrumentos de participación popular directa, fomentan una baja calidad generalizada de los representantes y gobernantes haciendo probable que entre ellos abunden los casos de estupidez. Igualmente, se arguye que las dinámicas económicas y sociales provocadas por la Globalización tienen como efecto indeseado el auge del Populismo, el cual es la manifestación, casi la quintaesencia, de la estupidez política del presente.

Después de un primer capítulo teórico con los contenidos citados, se presenta un segundo capítulo de análisis de casos históricos e ideológicos de estupidez política y un tercer capítulo de ejemplos de estupidez política actual en España, en Europa y en América. Se concluye con una hipótesis sobre el desarrollo de la estupidez en el futuro próximo y con una breve recapitulación que trata de responder a la pregunta de si la estupidez política tiene o no remedio.

Estudiar la estupidez política no sólo es relevante desde un punto de vista académico. No sólo tiene interés porque la estupidez sea un elemento digno de ser introducido de una vez por todas en los análisis políticos. Estudiar la estupidez merece la pena porque es divertido. Hay pocas cosas más satisfactorias y que mejor muevan al entretenimiento y al gozo que analizar las actuaciones de los grandes líderes y señores políticos y descubrir que, detrás de los mil trampantojos del Derecho, la política, la economía y hasta la filosofía, no suele esconderse la mayor parte de las veces otra cosa que la bella, cristalina y pura estupidez. Por supuesto, lo que se busca en esta *Teoría General* es un análisis serio y moderado, objetivo y construido sobre razones, pero, seamos sinceros, burlarse de los poderosos descubriendo y denunciando su estupidez siempre resulta placentero. De estúpidos sería no aprovechar algo que, además de interesante y formativo, mueve al placer.

«De modo que, si les parece, que me caricaturicen jugando a las damas o, si lo prefieren, montando en el palo de una escoba. Siempre será injusto que concedamos a todo el mundo el derecho a la diversión y no se lo permitamos a los estudiosos, sobre todo si las bromas enseñan cosas serias y distraen al lector.»

Erasmus de Rotterdam. *Elogio de la estupidez*.

1. Definición de la estupidez política
2. Algunos ejemplos históricos e ideológicos de estupidez política
3. La estupidez política del presente
4. La estupidez política del futuro
5. Recapitulación:
¿Tiene remedio la estupidez política?



Alfredo Ramírez Nárdiz

(Cartagena, 1980) es profesor de Derecho Constitucional. Ha dado clases, conferencias y ha realizado publicaciones en diversas universidades españolas y latinoamericanas.

Es autor, entre otros libros, de *El Grito de Casandra: ensayo sobre el futuro político occidental o de la importancia de hacerse rico cuanto antes mejor* y *La belleza de los monstruos: acerca de qué es el populismo y por qué hay que tenerle miedo*, ambos publicados en J. M. Bosch Editor. En el presente es columnista de opinión del diario *El Universal* de Cartagena de Indias (Colombia).